

sante y un sér corporal. El pensamiento y la extensión se excluyen; las ideas claras y distintas que tengo del uno y de la otra me lo hacen ver.

No siendo yo más que un espíritu cuya esencia consiste en el pensamiento, los fenómenos propios del cuerpo, ya pertenezcan á la vida vegetativa ó á la vida animal, están fuera de la psicología, y son del dominio exclusivo de la física, ó más bien de la mecánica.

Hé aquí el pensamiento subjetivamente considerado: desde este punto de vista, todos nuestros pensamientos son idénticos. Pero objetivamente difieren unos de otros: hay muchos de éstos cuyo origen se explica por medio de elementos extraños; y otros, como la idea que tengo de mí propio y de Dios, existen en mí desde el principio.

La idea de Dios no puede tener otra causa que Dios mismo; luego Dios existe. Pero Dios, Sér perfecto, no puede engañarme; luego puedo confiar en la certidumbre de que mis ideas, una vez habida la conciencia de ser claras y distintas, son la expresión fiel de la realidad.

La psicología de Descartes se enlaza así, desde su punto de partida hasta el término final, con el análisis crítico de la verdad. No nos ocuparemos aquí del aspecto crítico de la filosofía cartesiana; lo único que nos interesa es la parte psicológica.

Hemos visto ya la que ésta es, en el primero de los dos aspectos, es decir, considerada como teniendo por único objeto de estudio el alma pen-

sante por medio de la conciencia; y en este sentido, la psicología de Descartes es espiritualista por exceso. ¿Cuál es el pensamiento de Descartes cuando considera el alma en relación con las distintas formas de actividad del cuerpo humano? Esto es lo que nos proponemos examinar en el artículo siguiente.

## ARTÍCULO II

### EL MECANICISMO APLICADO AL ESTUDIO DEL HOMBRE Ó Á LA ANTROPOLOGÍA

Cuando sistemáticamente se encierra la psicología en el estudio de la conciencia, y se hace del pensamiento el atributo distintivo del espíritu, es evidente que el estudio del alma, resulta por definición el estudio del espíritu, y que la psicología será exclusivamente espiritualista.

Pero ¿y qué hacer entonces con las manifestaciones de la vida humana, distintas del pensamiento? ¿A qué principio atribuir la digestión, los movimientos del corazón, la circulación de la sangre, la recepción de la luz, del sonido en los órganos de los sentidos? ¿Qué son entonces estos fenómenos?

Para Descartes, la respuesta no es dudosa. Todo fenómeno que no es un acto de la conciencia, no procede del alma, que es espíritu, sino del cuerpo. Ahora bien; el cuerpo humano, como los demás cuerpos de la naturaleza, es nada más que una substancia extensa, susceptible de mo-

vimiento; luego todos los fenómenos que no son pensamiento consciente atribuible al espíritu, son modos de movimiento. La fisiología, por consiguiente, y la parte de la psicología que nosotros, con Aristóteles, hacemos depender del alma, no en cuanto espiritual ó subjetivamente independiente del cuerpo, sino en cuanto sustancialmente unida al organismo, constituyen para Descartes dos capítulos de la mecánica.

Reconociéndolo así expresamente, comienza su estudio del hombre por estas palabras:

«Es necesario que os describa en primer lugar  
»el cuerpo aisladamente, después el alma tam-  
»bién aparte, y últimamente mostraros cómo  
»estas dos naturalezas deben unirse, para for-  
»mar los hombres que contemplamos.

»Yo supongo que el cuerpo no es otra cosa  
»que una estatua ó máquina de barro; que Dios  
»forma, tan semejante á nosotros como es posi-  
»ble... de tal modo, que pueda imitar todas nues-  
»tras funciones que se conciban poder proceder  
»de la materia, ó depender de la disposición de  
»los órganos. Vemos relojes, fuentes artificiales,  
»molinos y otras máquinas semejantes, que aún  
»hechas por hombres, no dejan de tener el poder  
»de moverse á sí mismas de muy diversas mane-  
»ras... Podréis haber visto, por ejemplo, en las  
»grutas y en los jardines de nuestros reyes, que  
»la fuerza con que el agua se mueve al salir de  
»su depósito es por sí sola suficiente para mover  
»diversidad de máquinas, y hasta para hacer  
»funcionar algunos instrumentos, ó pronunciar

» algunas palabras, según la distinta posición y  
» forma de los tubos por donde aquélla pasa.

» Pueden muy bien compararse los nervios de  
» la máquina que trato de describiros á los tubos  
» de las máquinas de estas fuentes, sus músculos  
» y tendones á los mecanismos y resortes que sir-  
» ven para moverlas, sus espíritus animales al  
» agua que los impulsa, siendo el corazón como el  
» depósito, y las concavidades del cerebro como  
» los registros de las diversas fuentes.

» Además, la respiración y otras funciones se-  
» mejantes que son ordinarias y naturales al cuer-  
» po, y que dependen del curso de los espíritus,  
» son como los movimientos de un reloj ó de un  
» molino, que pueden hacerse continuos por el  
» curso regular y constante del agua. Los obje-  
» tos exteriores, que por sola su presencia, obran  
» sobre los órganos de los sentidos, y que por  
» este medio la determinan á moverse en mu-  
» chas y variadas maneras, conforme á la dis-  
» posición de las distintas partes de su cerebro,  
» son como los visitantes que al penetrar en algu-  
» nas grutas de estas fuentes, causan ellos mis-  
» mos, sin pensarlo, los movimientos que se veri-  
» fican en su presencia; porque al penetrar en  
» ellas han debido pisar piedras en el suelo de tal  
» modo dispuestas, que, por ejemplo, al acercarse  
» á una Diana en actitud de bañarse, ellos mismos  
» la harán huir á esconderse en un cañavejal, y al  
» tratar de perseguirla, harán venir hacia sí á un  
» Neptuno que los amenazará con su tridente; ó  
» si van hacia otro lado, harán salir un monstruo

»marino, que les vomitará agua á la cara; ó cosas semejantes según el capricho de los ingenieros al construirlas. Y, por último, cuando el *alma razonable* estuviere en esta máquina, tendrá su asiento principal en el cerebro; y será en ella como el fontanero, que debe estar en el punto donde se reúnen los tubos de estas máquinas para producir, detener ó cambiar á voluntad los movimientos» (1).

Más adelante se expresa Descartes poco más ó menos en estos términos:

«Este movimiento de la sangre que acabo de explicar es el resultado necesario de las partes que se pueden ver en el corazón, del calor (2) que en él puede sentirse introduciendo un dedo, y de la naturaleza de la sangre que puede examinarse experimentalmente; como el movimiento de un reloj resulta de la fuerza, de la situación y de la figura de su péndulo y de sus ruedas.

»Los espíritus se asemejan á un flúido muy sutil ó á una llama muy pura y viva; el corazón los engendra constantemente, desde donde suben al cerebro, que les sirve de depósito; y de aquí pasan á los nervios, que los distribuyen por los músculos, produciendo en ellos contracciones ó relajaciones según la cantidad de aquéllos.

(1) *Œuvres de Descartes*, ed. Cousin, VI, pp. 336, 347, 349.

(2) Descartes se engañó cuando atribuía el movimiento de la sangre al calor que suponía producido en el corazón; este movimiento es debido, como se sabe, á las contracciones de los músculos cardíacos.

»Quiero, según esto, que consideréis que todas las funciones que he atribuido á esta máquina (el cuerpo humano), como la digestión de la comida, las contracciones del corazón y de las arterias, la asimilación y el crecimiento de los miembros, la respiración, la vigilia y el sueño; la recepción de la luz, de los sonidos, de los olores, del gusto, del color y de todas las demás cualidades en los órganos de los sentidos exteriores; la impresión de sus imágenes en el órgano del sentido común y de la imaginación, la retención ó la huella permanente de las mismas en la memoria; los movimientos interiores de los apetitos y de las pasiones, y en fin, los movimientos exteriores de todos los miembros, que tan maravillosamente responden á las acciones de los objetos que se presentan á los sentidos, como á las impresiones acumuladas en la memoria, imitando lo más perfectamente que sea posible los de un hombre real; deseo, digo, que consideréis, que *estas funciones proceden naturalmente todas ellas en esta máquina de la sola disposición de sus órganos; ni más ni menos como los movimientos de un reloj ó de cualquier otro autómata*, provienen de la cuerda y de la combinación de sus ruedas; de tal suerte, que tampoco sea necesario concebir alma alguna vegetativa ni sensitiva, ni ningún otro principio de movimiento y de vida, que su sangre y sus espíritus agitados por el calor del fuego que constantemente arde en el corazón y que no es de naturaleza distinta del calor

»y del fuego producido en los cuerpos inanimados» (1).

Nótense bien las palabras de Descartes: *Todas estas funciones (vitales ó sensibles) proceden naturalmente en esta máquina nada más que de la disposición de sus órganos, exactamente como los movimientos de un reloj ó de cualquier automática...*

En esta frase de Descartes se afirman categóricamente dos cosas: primera, que en las funciones de la vida vegetativa y sensitiva, sólo intervienen las fuerzas mecánicas; y segunda, que las fuerzas no son más que causas eficientes; las funciones únicamente provienen de la disposición de los órganos; que es poco más ó menos lo que decía Lucrecio: *Quod natum est, id procreat usum.*

En sus *Principios de Filosofía*, declara en términos concretos que la física se reduce á la mecánica. El cuerpo tiene por esencia la extensión; la extensión explica la figura y el movimiento de los cuerpos extensos, y el movimiento, á su vez, da cuenta de todos los fenómenos físicos ulteriores.

«Esta es la razón, dice él, por qué no existe en el Universo más que una sola é idéntica materia, que conocemos sólo por su extensión. Y todas las propiedades que percibimos claramente en ella se fundan en la divisibilidad y movilidad de sus partes.... Toda modificación, ó

(1) Ibid.

»la diversidad de todas sus formas, dependen del movimiento.

»Porque afirmo abiertamente, añade, que no conozco otra materia de cosas corporales, que la que es de algún modo divisible, figurable y movable, y que los geómetras llaman cantidad y toman por objeto de sus demostraciones; que yo no considero en ella más que estas divisiones, estas figuras y estos movimientos; que no admito como verdadero, sino aquello que se deriva con evidencia de estas nociones comunes, de cuya verdad no podemos dudar. Y por lo mismo que así pueden explicarse todos los fenómenos de la naturaleza, como veremos más adelante, pienso que no se debe admitir ni buscar otro principio.»

Cuanto á la causa del movimiento, ésta es doble: la una universal y primera, y es la causa general del conjunto de todos los movimientos que hay en el mundo; la otra particular, y en virtud de ésta, las diferentes partes de la materia adquieren un movimiento que antes no tenían.

La causa general de todos los movimientos, parece evidente á Descartes que no puede ser más que Dios; porque para crear el movimiento era preciso, dice él, salvar la distancia entre la nada y el sér; y para esto se necesitaba un poder infinito (1). Pero es propio de un Dios inmutable obrar inmutablemente; luego debe conser-

(1) V. Carta de Clerselier, carta 125.

var el movimiento una vez creado, y por consiguiente, la cantidad del movimiento del universo es invariable.

Con la misma claridad afirma Descartes que el examen de las causas finales debe proscribirse del estudio de la naturaleza. La obra de Dios, dice, es demasiado grande para que podamos comprenderla; sería, pues, de nuestra parte presunción el querer determinar los fines que el Creador se ha propuesto.

«Guardémonos de opinar demasiado altamente de nosotros mismos... Y esto sucedería principalmente si creyésemos poder comprender, por la fuerza de nuestra inteligencia, los fines que Dios se ha propuesto al crear el universo... Así que, nosotros nunca penetraremos en los motivos y fines que Dios ó la naturaleza se ha propuesto al crear las cosas naturales, porque no debemos tener la pretensión de descubrir los designios de Dios; pero, al considerarle como el fin de todas las cosas, veremos que, por medio de la luz natural que ha puesto en nosotros, debemos deducir de sus atributos propios, de los cuales nos exige un cierto conocimiento, los efectos que caen bajo nuestros sentidos.»

La interpretación mecanicista de los fenómenos de la vida vegetativa, y de la sensitiva, en tanto que no se identifican con el pensamiento, era, pues, una consecuencia lógica de los principios generales de Descartes en la interpretación de la naturaleza; y de aquí se deriva

el carácter más saliente de toda la psicología cartesiana: *la oposición creada entre el alma y el cuerpo.*

\* \* \*

Descartes, hemos dicho, es antes que todo geómetra, espíritu *simplificador y deductivo*. Al estudiar el alma, reduce toda su actividad al pensamiento, y su naturaleza á la aptitud de pensar; y al estudiar los cuerpos, reduce, sin exceptuar el cuerpo humano, todas sus propiedades á la extensión, y la actividad al movimiento. Es de esencia del pensamiento el excluir la extensión y el movimiento: y á la vez es de esencia del movimiento y de la extensión, no tener nada de común con el pensamiento. ¿Cómo explicar, en este caso, la unión del alma y del cuerpo? Porque es indudable que hay un cuerpo, que á diferencia de los demás cuerpos extraños á mí, yo considero como *mío*: yo no puedo dudar de que mi alma puede obrar y sufrir con mi cuerpo (1): ¿cómo explicar estos hechos indiscutibles?

«Esta cuestión, dice Descartes en una carta

(1) «Nada hay que esta naturaleza me enseñe más clara y sensiblemente, dice el mismo Descartes, que esto, á saber: que tengo el cuerpo indispuerto cuando siento algún dolor, que tengo necesidad de comer y de beber cuando se producen los sentimientos del hambre y de la sed, etc. Y por tanto, no debo dudar que hay aquí alguna verdad. La naturaleza me enseña también por estos sentimientos de dolor, hambre, sed, etc., que no sólo estoy en mi cuerpo, como un piloto en su nave, sino que estoy muy estrechamente unido á él, y de tal modo confundido y mezclado que compongo un todo con él. Porque si así no fuera, cuando mi cuerpo se quemara no sen-